

Aesthetics of boredom: flâneur, vagabond, dandy*Miguel Grijalba Uche*

0000-0002-3956-6007

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID / UNIVERSIDAD ISABEL I BURGOS

Resumen: En el presente texto, se pretende concederle un punto más de importancia al aburrimiento visto desde la figura del flâneur, como su opuesto esencial que requiere de un particular *pathos*, como factor y elemento que propicia e instiga el autoconocimiento, la reflexión, la creatividad y la contemplación. Para lidiar con el tedio surge el flâneur, el sujeto que no se aburre jamás y que se basta a sí mismo. En él podemos rastrear los rasgos de la tristeza, la nostalgia, el tedio. El flâneur, a través del vagabundeo errático, se abandona a la búsqueda de la nostalgia del paso del tiempo y del tedio angustioso que llegó a sentir cuando fue rechazado por una sociedad decadente. Luego el aburrimiento es el motor de esa actividad del flâneur que convertirá en tedio vital. El flâneur deambula dispuesto siempre al ocio, a la ensoñación que media en un tedio vital que lo cubre todo. El tedio del flâneur, por su parte, fluye, hacia la creación artística desenfrenada como el remedio de la angustia que padece y sugiere que, a la calidad de la acedía y del aburrimiento, se la conoce por sus frutos. Pero en la sociedad neoliberal y de consumo actual, no tiene espacio para el aburrimiento siendo toda actividad únicamente pragmática y eliminando la existencia del flâneur.

Palabras clave: flâneur, aburrimiento, sociedad neoliberal, melancolía.

Abstract: In the present text, it is intended to grant one more point of importance to boredom seen from the figure of the flâneur, as its essential opposite that requires a particular *pathos*, as a factor and element that fosters and instigates self-knowledge, reflection, creativity and contemplation. To deal with boredom, the flâneur emerges, the subject who is never bored and who is self-sufficient. In it we can trace the traits of sadness, nostalgia, boredom. The flâneur, through erratic wandering, abandons himself in search of nostalgia for the passage of time and the anguishing boredom he came to feel when he was rejected by a decadent society. Then boredom is the engine of that activity of the flâneur that he will turn into vital tedium. The flâneur wanders, always willing to idleness, to the reverie that mediates a vital tedium that covers everything. The boredom of the flâneur, for its part, flows towards unbridled artistic creation as the remedy for the anguish he suffers and suggests that the quality of heartburn and boredom is known by its fruits. But in today's neoliberal and consumer society, there is no room for boredom, all activities being solely pragmatic and eliminating the existence of the flâneur.

Keywords: flâneur, boredom, neoliberal society, melancholy.

I. Introducción

El hombre actual mira sin ver, el ocioso no mira, pero el flâneur ve y mira. Y divaga proporcionándole, en el interior de su tedio, la posibilidad de la imaginación. Baroja decía que lo importante es pasar el rato, porque se está muy cerca de lo más importante, que es perder el tiempo. El aburrimiento es sólo el tiempo de espera para llegar a eso tan importante. No se entiende, pues, que el entretenimiento tal y como suele presentarse hoy día (la distracción y la impaciencia generadas por las redes sociales y los móviles) esté tan valorado. Vivimos en una sociedad del entretenimiento. No es infrecuente que muchos se aburran cuando creen estar divirtiéndose o incluso que algunos se diviertan donde la mayoría se aburre.

El aburrimiento es concebido, hoy día, como un fenómeno negativo que deberíamos eliminar de nuestro ámbito intelectual. Esto es así debido a que ha proliferado un discurso que afirmó que el aburrimiento es tenido como una noción patológica. Además, en diferentes ámbitos académicos, se insiste en la escasez de literatura acerca del fenómeno, lo que ha contribuido a crear un tópico según el cual el aburrimiento ha despertado poco interés entre los investigadores y, de ahí, la poca comprensión que se tiene actualmente del mismo.

En nuestro país, Josefa Ros ha llevado a cabo una elogiada tarea a la hora de desmentir este lugar común (2017: 174). Ha investigado cuántos trabajos sobre el aburrimiento se han publicado en determinadas disciplinas. Sus conclusiones vienen a desmentir el tópico que se ha asumido de forma acrítica acerca de su escasez. Respecto a esta conjetura, Ros Velasco nos llama la atención destacando que es indiscutible que el estudio sobre el aburrimiento se ha realizado principalmente desde disciplinas como la literatura, la psicología y la psiquiatría (2018: 13), haciendo indudable que el ámbito médico representa la hegemonía del discurso construido sobre narrativas clínicas.

A ello se añade que no es nada sencillo ponerse de acuerdo en qué entendemos cuando hablamos de aburrimiento. En casi todas las lenguas existen varias palabras para expresarlo. Aburrimiento, tedio, hastío, desgana, cansancio, fastidio, abulia, acedia y apatía son algunos de los términos que nosotros empleamos para definir un estado de ánimo que suele ser el de la melancolía, la pesadumbre, la aflicción. Todas estas palabras tienen su matiz propio. A medida que las sociedades se han ido haciendo más complejas las palabras han reflejado el estado emocional de las épocas. Y así, por ejemplo, Werther, el último neoclásico y el primer romántico, se suicida por hastío. En cambio, Leopardi, en quien triunfó el romanticismo, habló siempre de aburrimiento y de tedio. La modernidad obligó a Baudelaire a recurrir a una palabra inglesa que él universalizó: *spleen*. En inglés, *spleen* es bazo, el órgano causante de las secreciones que anegan el espíritu en la melancolía y otros estados anímicos parecidos y de etiología desconocida. Nos encontramos, por tanto, delante de una confusión respecto a poder definir ante qué nos encontramos cuando hablamos de aburrimiento. La complejidad a la hora de establecer una definición del fenómeno estriba también en la consideración de que el aburrimiento ha sido diferente según el periodo histórico y, por esta razón, ha sido nombrado y conceptualizado de diferentes formas a lo largo de la historia.

No obstante, si pudiéramos precisar un poco más, en los estudios acerca del aburrimiento se ha establecido una clara diferenciación entre dos formas básicas del mismo: un aburrimiento fruto del hastío que todos los seres humanos experimentamos temporalmente y que resulta evitable en tanto que es provocado por un escenario monótono y repetitivo (Ros, 2018: 21). Por tanto, este aburrimiento procede de la circunstancia exógena que rodea a un individuo concreto y que el filósofo danés Søren Kierkegaard expresó muy bien en su escrito *La rotación de los cultivos*. Por otro lado, hay un aburrimiento que muestra el malestar existencial que trasciende a cualquier situación particular y que parte del alma del sujeto, y no así de una circunstancia exterior, de la melancolía o de la depresión. Así, hablamos, según la época histórica, de *ennui*, *taedium vitae*, *horror vacui*, *acedia*, en definitiva, de hastío vital o aburrimiento pertinaz. Esta segunda versión del aburrimiento posee carácter clínico y ha recibido interés por parte de los investigadores ya que implica la patologización del mismo con la consiguiente proliferación de terapias médicas. Es interesante resaltar que, a lo largo del siglo XIX, se ha consolidado esa afinidad entre aburrimiento y enfermedad. Un aburrimiento que no significa no saber en qué ocuparse sino, muy al contrario, representa la apatía y la náusea de vivir (Kierkegaard, 2016: 46).

El ser humano que padece aburrimiento profundo no encuentra nada estimulante en el mundo y, como dijo Immanuel Kant, «el vacío de sensaciones percibido en uno mismo suscita horror (*horror vacui*)» (1991: 160). En el día de hoy, curiosamente también bajo esta acepción del aburrimiento, tiene cabida el fenómeno del exceso de estimulación en las sociedades neoliberales debido al despliegue de las imágenes y de la información. Byung-Chul Han es uno de los autores que más ha elevado la voz respecto a esta cuestión. En su obra *La sociedad del cansancio*, Han sostiene que las enfermedades típicas de las sociedades neoliberales y consumistas son la depresión, el trastorno de déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de personalidad y el síndrome de desgaste ocupacional (*burnout*)¹. Para el filósofo vivimos en unos tiempos marcados por un exceso de información que discurre en un momento individualista a través de las pantallas de móviles y ordenadores que provocan que la atención de los individuos quede fragmentada por los continuos estímulos, lo que origina una incapacidad por más que se ofrezcan cantidades elevadas de datos. El individuo requiere de una inmensa capacidad de atención para poder vivir en esta sociedad capitalista como la actual y, porque este exceso de estimulación ocasiona que la atención se disperse entre diferentes tareas, fuentes de información y procesos.

En el presente texto, se pretende concederle una importancia hasta ahora inusitada a este aburrimiento, visto desde la figura del flâneur, como factor y elemento que propicia e instiga el au-

1 Para la psicología, esta patología nace de un exceso de trabajo, desmotivación, agotamiento. Son síntomas semejantes a los de la depresión, aunque no todos los autores vinculan la depresión con el *burnout*. Si el ambiente de trabajo cambia, el sujeto mejora. La depresión, sin embargo, va más allá del trabajo, aunque es claro que muchas veces el estrés laboral empuja a la depresión y el agotamiento. Véase HAN, Byung-Chul (2022): *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, p. 13.

toconocimiento, la admiración, la reflexión, la creatividad, la contemplación y, como trataré de demostrar, la indagación filosófica a través del paseo y la observación cuidadosa. Reivindico un mayor estudio de este tratamiento que se ofrece del aburrimiento en donde se requiere de un particular estado de ánimo o *páthos*. Como decía Miguel de Unamuno, el aburrimiento es un licor agrí dulce que dispone al ser humano al asombro. Pero, en las sociedades capitalistas y neoliberales de hoy en día, la ética del trabajo que defienden se opone a la actitud ociosa y distraída que se requiere para el flâneur. El ocio está sometido a la misma productividad que lo laboral y, en consecuencia, vamos por el mundo ajenos a cualquier perplejidad sin la contemplación de nuestro alrededor. Para la flânerie, los frutos de la ociosidad son tan valiosos como los del trabajo y precisa de la soledad para otorgar su auténtico sentido: solo el solitario aburrido se sumerge en la vivencia de todo acontecimiento. Todo este recorrido finaliza con algunas reflexiones sobre la pregunta ¿se puede ser flâneur en esta época? El punto central que orienta esta pregunta es reflexionar acerca del ejercicio de vagabundear como una práctica de resistencia frente la virtualización del mundo y de las experiencias humanas en la actual sociedad neoliberal del consumo y del espectáculo, una de las más aburridas sociedades que existen.

2. Lo flâneur. Mucho más que salir a dar un paseo

La flânerie era una actitud vital, una manera diferente de relacionarse con la realidad y con el mundo. Consistía en moverse por las calles de forma despierta, explorando conscientemente cada rincón de la ciudad hasta sentirla como viva y propia. El flâneur encontraba estimulante apreciar hasta los detalles más insignificantes. Vagabundea sin rumbo por las calles, mezclado con la multitud, pero sin interactuar con nadie, sólo contemplando. De este modo, se siente libre en su anonimato. El flâneur, su vagabundeo, se presenta como una experiencia ligada a la mirada.

Dentro de las distintas figuras de la melancolía, como acedia, tedio, hastío, nostalgia, el intento de recuperar la experiencia del flâneur, como aquel personaje que vagabundea erráticamente por los lugares de una ciudad, nos puede abrir el camino, en el interior de la nostalgia, hacia la propia identidad. La flânerie representa, en una primera instancia, la errancia humana que nos arroja a una operación antropológica, una estética y una política. Figura afín al dandy y al bohemio, en todos podemos rastrear los rasgos de la tristeza, la nostalgia, el tedio, aunque bajo perspectivas distintas. El flâneur, a través del vagabundeo errático, se abandona a la búsqueda de la nostalgia del paso del tiempo. Su deambular es una expresión de la correlación entre la influencia del mundo exterior y la búsqueda de sí mismo.

Baudelaire deambula por París convirtiéndose en el flâneur que asume, respecto de las transformaciones de las que está siendo testigo, una distancia crítica. Comparte el espacio de la multitud, valiéndose del anonimato, observa y examina. En el año 1857, la figura de este paseante febril entró en el imaginario de la época de la mano con su colección de poemas titulados *Las flores del mal* y posteriormente, en 1863, con su libro *El pintor de la vida moderna*. Encarnado en la figura

del dandy, el flâneur se adentró en el terreno del arte convirtiéndose en un autor capaz de captar las imágenes de la vida cotidiana por medio de su tránsito urbano, plasmándolas en el papel en el interior de su tedio vital².

Baudelaire se siente inmerso en una masa indiferente a su propia experiencia, exento de todo matiz afectivo. La figura del flâneur debe afrontar el dilema de estar entre la soledad y la multitud: el vagabundo, de acuerdo con varios aspectos de su personalidad, aparece como un amante del individualismo, como alguien básicamente solitario que requiere del aislamiento como requisito para ser observador, pero al mismo tiempo requiere de los espacios donde se desenvuelve la multitud (Baudelaire, 1874: 22). Por definición, el paseante precisa de los otros, él es flâneur en tanto existan los otros que le correspondan la imagen. El anonimato, esa obsesión del flâneur, sólo puede ser anonimato en interior de la multitud que es su objeto de observación. Con la superioridad psicológica que siente el que observa sin ser visto, dirige su mirada buscando e indagando signos que le permitan dar sentido (Baudelaire, 1847: 96). Claro que el flâneur cuenta con una inmunización de la influencia de los otros. Puede tenerles pena, ayudarlos, aborrecerlos, pero jamás será igual a ellos, siempre se abrirá un intersticio de distancia entre el flâneur y el hombre común, el burgués conformista y ladino.

Reconocía Walter Benjamin que, en pocas ciudades como en París, podía experimentarse una poderosa sensación de pasear largo tiempo y sin destino, renovando fuerzas en cada tienda, bistro o parque. Esta idea de perderse en la ciudad, con la que Benjamin inicia su infancia en Berlín, tomará forma en una serie de trabajos sobre París, entre los que se destacan: *París, capital del siglo XIX* (1935) y el *Libro de los pasajes* (2005). No obstante, del encuentro con la literatura, especialmente con la escritura de Baudelaire, encontrará la figura con la que Benjamin encontró una gran empatía. La figura del flâneur, opinaba, se nutría de lo efectivamente contemplado y de lo probable, de lo vivido y de lo imaginado y, en su misma esencia, se alimentaba de la compañía de esa muchedumbre que hace que todos seamos extraños y, por tanto, no tengamos de qué avergonzarnos. Lo advirtió Edgar Allan Poe en *El hombre de la multitud*, donde se refirió a esos paseantes que habían de tomar el comportamiento de hombres-lobo vagando sin rumbo por la selva urbana (2016: 74). Benjamin escribió una serie de reflexiones, publicadas *post mortem* en el *Libro de los pasajes*, donde definía al flâneur como un sujeto que transitaba entre el sueño y la vigilia sin nunca despertar por completo, entre la consciencia individual y la colectiva.

La tarea del flâneur consiste en leer signos residuales, a partir de las rutinas urbanas, para construir con ellos identidades lo cual se vinculaba a la desintegración de la sociedad como comunidad. En esta situación, Baudelaire está anticipándose a la estética fragmentaria de las van-

2 Por medio de un uso magistral de las palabras, la obra formada por una colección de poemas le sirvió a Baudelaire como un escape del llamado *spleen* (tedio angustioso que llegó a sentir cuando fue rechazado por una sociedad hipócrita y decadente). Según el escritor, la mejor manera de evadir este pesar es mediante el arte, la poesía, los excesos y el amor (Baudelaire, 1847: 127).

guardias históricas que expulsa la continuidad y linealidad. Eso es precisamente lo que intenta el flâneur: la construcción de signos de identidad donde sólo hay signos dispersos.

Lo que dijo Pascal sobre el hombre, que no sabía estar solo en una habitación, lo aplicó Baudelaire en relación al tedio, ese gran problema del hombre moderno. ¿Cómo lidiar con este tedio? Surge ahí un superviviente, el flâneur, el sujeto que no se aburre jamás y que se basta a sí mismo y encuentra, en todo lo que tiene delante algo, nutrientes para su inteligencia. De esta manera, el flâneur tiene algo que le diferencia del pasmarote, del mirón extranjero, del trotacalles.

La ciudad por donde pasea nuestro flâneur está hecha por el capitalista burgués, pero también está hecha para él y su vagabundear, para que éste se pierda en ella. En una reflexión, Benjamin dice que la ciudad se hermana con el flâneur al mismo tiempo como el «lugar preferido por los paseantes y los fumadores» y que, a su vez, encuentra para sí mismo «un medio infalible de curar el aburrimiento»³. Luego el aburrimiento es el motor de esa actividad del flâneur, su esencia misma. El aburrimiento, que el flâneur convertirá en tedio vital, es la causa del peregrinaje errante, el dispositivo principal que guía la búsqueda incierta.

En el llamado universo de la flânerie, los paseantes se sienten observados por todo y por todos, como individuos sospechosos y, a la vez, paradójicamente, pueden tener la sensación de ser seres sin identidad. Siguiendo la lectura de la *Fenomenología de la percepción* de Merleau-Ponty, todo lo que el flâneur va percibiendo sensorial y corporalmente está en relación con un flujo de experiencias que se implican y se explican unas a otras, lo que da pie a un sentido latente, adecuándose a lo que afirmaba M. Ponty: «el espectáculo percibido es un momento de mi historia individual» (1985: 230).

Pero este flâneur, tuvo también una mirada peyorativa, pues eso de vagar por los bulevares y parques parisinos se veía por algunos como una pérdida de tiempo, una holgazanería. Hasta que Baudelaire acudió al rescate definiendo el flâneurismo como búsqueda de lo imposible y el deseo supremo. El poeta siguió los pasos de Stendhal, otro flâneur. Sin embargo, pensar en él como un sencillo paseante es simplificar en exceso el concepto. El flâneur está constituido por la desocupación y el aburrimiento que le exhortan a decidir. En la libertad que posee, está atravesado por las elecciones, a cada paso. Todos los elementos de la ciudad le sirven, incluso aquellos marginados o triviales.

¿Cuál es el origen del flâneur, término francés que significa «caminante callejero que vaga sin rumbo ni objetivo fijos con ánimo meditabundo, pero abierto a cualquier estímulo del entorno que excite su imaginación y su creatividad»? ¿quizás un diletante que cuajó como espécimen literario en el París del siglo XIX? El primer flâneur debió ser un filósofo espontáneo, alguien que, como escribe Jean-Jacques Rousseau, prefería más soñar despierto que dormido. No perdamos de vista la *rêverie* (ensoñación) de Rousseau quien se adelantó a la invención formal del flâneur en *Las meditaciones del paseante solitario*.

3 Véase BENJAMIN, Walter (1972): «París, capital del siglo XIX», *Iluminaciones 2*, Madrid, Taurus.

La historia de los flâneurs es interminable. Los más conocidos serían Thoreau y Joyce, Robert Walser (autor del opúsculo *El paseo*) y T. S. Eliot, también Oscar Wilde y Pessoa. Samuel Beckett, por ejemplo, vagabundeaba por las calles con su buen amigo, el escultor Alberto Giacometti. Marcel Duchamp iba paseando por Broadway totalmente absorto antes de adquirir el urinario que convertiría en obra de arte. Para Balzac, la flânerie es «gastronomía para los ojos». Y Sainte-Beuve decía que es «lo más opuesto a no hacer nada». Walter Benjamin da una vuelta de tuerca al describirlo como un moderno espectador urbano, un detective aficionado producto de la alienación propia del capitalismo. El filósofo berlinés vaticina el fin de este investigador callejero a manos de la sociedad de consumo (que se lo digan a B.C. Han). Porque ¿quién va a practicar el arte del paseo en los desalmados no-lugares que prosperan en las grandes urbes, como un centro comercial o unos grandes almacenes? La idiotización que produce ese abuso tecnológico es la materia principal para terminar con un caminar introspectivo en el interior del melancólico transcurrir del tiempo.

Al tiempo que corre, el flâneur se irá sumergiendo en la dimensión temporal que abarca su pasado pero que, a la vez, inunda su presente. El tiempo del flâneur es un tiempo del ocio, un tiempo de aburrimiento, sin comienzo y sin fin. De ahí que él vea esos tiempos como presentes en la trama que le interpela. Los recorridos del flâneur están siempre acompañados por una actitud nostálgica que tiene la capacidad de despertar un poder contemplativo. En esto podría diferenciarse de la actitud de Baudelaire, pero más relacionado con el spleen, una actitud melancólica unida al sentido del tedio vital.

En el andar del flâneur se expresa, por un lado, un deseo de exteriorización, de salida de sí, y, por otro, un deseo de adentramiento en su propio yo: el flâneur va volviendo sobre sí mismo en una experiencia de autoconciencia y de reconocimiento de sí. Sin embargo, para Walter Benjamin, el flâneur funcionaba bajo lógica de la conversión del individuo moderno en agentes del capitalismo⁴. Una figura de tránsito en los pasajes comerciales y en la producción mercantil que, al caminar, le hacía sentirse visto por todo y por todos y, a la vez, creerse ilocalizable, circulando junto a las mercancías convirtiéndose, sin darse cuenta, en una de ellas.

3. El flâneur y el aburrimiento

A pesar del creciente desarrollo económico que ha experimentado la humanidad desde el siglo XIX no nos hemos librado de las tragedias de la vida: el dolor y sufrimiento, las tediosas reuniones familiares, el hambre y la necesidad, las humillaciones y los ajetreos del mercado que dificultan adoptar una actitud ociosa. De alguna manera, la defensa del ocio podría formularse en términos de aristocratizar la vida. Son las figuras del flâneur o del dandy las que encarnan esta rebelión frente a las agresiones de la pobreza y una revuelta frente a lo rutinario y al tedioso trabajo. ¿Cómo ser sublime sin interrupción —como reclamaba Charles Baudelaire— si hemos de ir por la vida faenando con recados engorrosos, aburridos e incómodos? ¿Qué tipo de dandy ha de pasarse las mañanas entre

4 Véase BENJAMIN, Walter (2007): *El libro de los Pasajes*, Madrid, Akal.

gestiones y paseos por el mercado ante el temor de las caprichosas subidas de precios? Estas preocupaciones de la vida cotidiana, que no han variado desde la época de Baudelaire a la actual, no son sino impedimentos para la actitud libre y ociosa. ¿Cómo ir por el mundo con las pupilas dilatadas y en perpetua embriaguez de visionario —como dijo Ortega y Gasset— si a resultas de tantas faenas y recados uno acaba agotado en una cama mísera? El ideal del flâneur es aspirar a desentenderse de lo económico que empieza a dominar al hombre de principios del XIX. El dandy o el flâneur no tienen profesión y, por eso, su trabajo, su producto o su ocio no están separados. Quizás por este motivo la lógica del capital le observa y cataloga como un gandul y un maleante.

Resulta llamativo, por otro lado, que sea Charles Baudelaire el que reivindique una vida aristócrata como salvaguardia frente de la vulgaridad y las penurias, pues son por todos conocidas sus desventuras pecuniarias. Simon Leys en *La felicidad de los pececillos* nos cuenta una anécdota muy ilustrativa acerca de los escritos y el dinero: Dostoievski, bloqueado sin blanca en el extranjero, redactó *El eterno marido* para conseguir una ayuda urgente de su editor; pero en el momento de echar el correo ese manuscrito en el que cifraba su última esperanza, descubrió que no tenía ni con qué pagar el envío. El grado de desesperación y de desamparo alcanzado por Baudelaire parece más negro aún: una tarde, hacia el final de su vida, el poeta se puso a calcular todo lo que le había reportado su pluma. Llegó a un total de quince mil ochocientos noventa y dos francos con sesenta céntimos; y el amigo que fue testigo de esta siniestra contabilidad comentó: «De modo que este gran poeta, este pensador terrible y delicado, este artista perfecto había ganado, en veintiséis años de labor, en torno a un franco con setenta céntimos diarios»⁵.

El flâneur, y su configuración en Baudelaire, no pueden entenderse si no se comprenden las drásticas transformaciones que está sufriendo la ciudad de París hacia mediados del siglo XIX, durante el imperio de Napoleón III: la necesidad técnica de espacios regulares que permitieran la implantación de modernas instalaciones urbanas, urgencias de tráfico y de vivienda, etc. Se trata de generar, en el contexto del Segundo Imperio en Francia, espacios urbanos que, de acuerdo a las conceptualizaciones los estudios del Foucault posterior, faciliten el control de los cuerpos y la introducción de dispositivos disciplinarios, áreas en las que la inspección funcione y la mirada esté por todas partes con objetivo disuasorio. Pues bien, tal como examina y sugiere W. Benjamin (1991), son estas transformaciones las que permitieron la aparición del flâneur, en la medida en que ellas facilitaron su deambular. El caminante encuentra a su paso espacios abiertos que le permiten desplazarse por las calles y, de ese modo, dedicarse a su principal ocupación: observar la irrupción de una reconversión social asociada a la transformación arquitectónica.

La indiferencia brutal y el aislamiento insensible, que Engels relató de Londres, otorga anonimato al flâneur. La multitud, ajena a cualquier idea de comunidad o sociedad, le sirve como re-

5 Véase LEYS, Simon (2018): *La felicidad de los pececillos*, Barcelona, Acantilado. Es un autor que relata habitualmente sus paseos literarios, sus reflexiones sobre el arte y sus crónicas de diversa consideración otorgando una potente curiosidad al más puro estilo de la flânerie curiosidad mezclada con la indignación y la sátira.

fugio. Es una multitud como grupo humano que comparte espacios, pero que no responde a raíces comunes.

Baudelaire percibió que la era industrial y la implantación del espíritu burgués significan que la cultura occidental ha iniciado un declive. Desde esa lógica, el flâneur es la voz solitaria de la tragedia. Esta decadencia de Baudelaire produce en el flâneur la idea de representación de la marginalidad frente al nuevo orden social que se impone, de ahí que no son extrañas las afinidades que experimenta por sujetos marginales que de alguna manera resisten (o son víctimas) del nuevo orden. El flâneur es, por tanto, símbolo de la modernidad. El tedio vital, la velocidad, el ocio, la agitación multitudinaria, todas estas cuestiones están subsumidas en la sensación de aburrimiento del flâneur, compuesto de sensaciones que lleva en su interior el hastío, el asco, el terror, la indiferencia, que se intercalan entre ellas o que bien crecen. Se trata de sensaciones sin palabra, eso que sólo conoce quien alguna vez lo ha sentido. El flâneur deambula dispuesto siempre al ocio, a la ensoñación a cualquier hora. Pero todas esas actividades median en la sombra de un tedio vital que lo cubre todo. Un tedio que puede ser identificado con el aburrimiento o con la melancolía. El simple hastío de la realidad (una depresión) conduce, por lo general, a la parálisis. El tedio del flâneur, por su parte, fluye, hacia la creación artística desenfrenada y su motor es la angustia activa y que sólo se alivia con mujeres, vinos, drogas y, sobre todo, con el arte. Sobrepasar el simple tedio (vital, existencial) requiere un salto que lleva a la creación artística.

Se trataba, para el flâneur y el dandy, de conquistar el ocio para poder vivir sin urgencias ni necesidades, con una actitud desocupada. Ese caminar desenfadado, ese andar a lo que salga, sin estrategia, buscando caminos a capricho le lleva al mundo nocturno y bohemio del café. Pero, en el siglo XIX, la expedición ociosa, tediosa y errante por el descontrol nocturno y las tabernas decadentes entre revolucionarios clandestinos y malditos era, para el dandy, la manera de subvertir la lógica moderna regida por el beneficio económico.

El trastorno que la modernidad industrial produjo en las cosas y en las personas dio como fruto el impedimento de la intimidad, que deberá sólo refugiarse en la introspección. La soledad genuina, en la multitud, quizás se trate del síntoma más característico de esa modernidad. Las regulaciones de la intimidad han llevado a que la vida en la gran ciudad elimine las posibilidades auténticas de un aislamiento real basado en el autogobierno. Y eso que Benjamin no conoció la sociedad hipertecnificada en la que nos movemos, encadenados a las pantallas como un enfermo.

Esa visión canalla de la calle ha sido adaptada por el capitalismo moderno convirtiendo los barrios malavenidos y malditos en barrios de especulación económica gracias a la gentrificación y, también, al aburrimiento de las masas de turistas que necesitan experiencias. Del café como refugio y olvido de las desgracias cotidianas apenas queda nada hoy.

El horror del dandy⁶ es esa inconformidad con el yo. El dandy es una voz en contra de la

6 Practicar una distinción entre el dandy y el flâneur (usados como sinónimos casi siempre) tal vez sea superfluo. El dandy tiene mucho de reaccionario en su postura frente a la sociedad y la cultura. El elemento de rebeldía que define

sociedad topificada, un grito enfrentado a lo que llamamos *standard*. El flâneur representa, pues, un mensaje heterodoxo frente a los dictados del mundo de los mercados y los bancos, y constituye una fuerza que pulula por las ciudades repudiando la función económica que le está destinada al humano desde las nacientes sociedades burguesas del siglo XIX.

4. ¿Quedan flâneurs en el siglo XXI? ¿Se puede de verdad ser flâneur en esta época?

Los horarios, la responsabilidad, las rutinas y las pantallas a las que dedicamos gran parte del día, hacen que el concepto de pasear contemplativo y del aburrimiento nos resulte ajeno. Ya no salimos nunca de casa sin el teléfono móvil o sin unos auriculares de música. Si observamos algo que nos llame la atención durante un paseo sentimos la necesidad de inmortalizar el momento en una fotografía y compartirlo en redes sociales. Vivimos en la sociedad del exceso, nos dice B. C. Han. Hay una proliferación de programas de radio, televisión a la carta, mensajes de móviles, redes sociales donde subimos fotos, currículums o comentarios, la publicidad nos bombardea. Nos convertimos, según sus palabras, en hombres multifactoriales que nos transforman en seres torpes al intentar conseguir anular nuestro aburrimiento. La fragmentación de nuestra percepción en muchas actividades destruye nuestra capacidad de contemplar, propia del flâneur, impidiendo vivir inmersos en la contemplación. El acúmulo de información nos agobia y distrae. Caminamos como autómatas prescindiendo del otro y de la comunidad (Han, 2022: 33-34).

Esta hiperacción nos desvía de la contemplación, que se asocia con la vida ociosa y aburrida. Pero, dice Han, no todo aburrimiento es malo. El aburrimiento es una relajación espiritual ligado a la experiencia del ser y que se manifiesta mediante la capacidad del asombro. Sin embargo, la sociedad actual lo que desea es pretender resolver problemas uno tras otro sin valorar el sosiego de la contemplación plagado de ideas, reflexiones y emociones. Con el aburrimiento, de lo que se trata es de mirar afuera y de recogerme espiritualmente. Soy conciencia de lo que miro y me aparto de la ansiedad (Han, 2022: 37). Eso es lo que hacían el flâneur y el dandy realizando una búsqueda del yo, pero mientras que el flâneur hace del pasear por la ciudad una recuperación de hechos perdidos, así como una forma de autoconciencia y una imagen de sí, el dandy vive de la imagen que quiere darle al otro, tratando de ofrecer una estética que compense su orgullo, en una creación estética de su propia existencia. Ambas figuras se recortan sobre un horizonte de bohemia y de tristeza.

Es claro que el aburrimiento es algo que no está al alcance de todos los humanos. Se tiende a considerar el aburrimiento como el fracaso del ocio. En el mismo sentido que hablaba Nietzsche

al dandy lo convierte, muchas veces, en un odioso que desdeña todo aquello que no provenga de sí mismo, perdiendo así la oportunidad de ejercer la búsqueda de lo nuevo. El flâneur es el que recorre la ciudad, la visita diariamente. Su poética tomará los temas de esa ciudad: la multitud, lo anónimo, la maravillosa soledad de la noche y sus extraños personajes: el trapero, el borracho, las mujeres. El flâneur pierde algo de la petulancia del dandy, la que está relacionada con las consecuencias de su conducta. El dandy precisa la ciudad para mostrarse con su pasión por la moda y la novedad. La ciudad es para el dandy, una pasarela para su vanidad física e intelectual. El flâneur necesita a la ciudad para vivir, para ser poeta o artista, para ser.

de la gran salud, la acedía o mal del bazo vendría a ser el principio de la gran salud. Pues el aburrimiento productivo no aspira a acabarse en diversión, sino a cumplirse en obra, transformando el tedio en melancolía. Porque el tedio consiste en soñar despierto, al que también se refiere Benjamin, y donde tienen cabida toda clase de deseos que calman nuestra melancolía. Leopardi decía que el aburrimiento es raramente conocido por los hombres de poco valor y casi nunca por los animales. En otras palabras, el aburrimiento es algo únicamente reservado a los mejores, una forma de aristocracia. Con frecuencia los escritos de los autores que más han sufrido, nos sirven de consuelo, sucediendo que el hastío de ellos nos proporciona una verdadera distracción a nosotros. El aburrimiento es, de alguna manera, el más sublime de los sentimientos en donde confina la sociedad a aquellos a quienes considera superiores. Y, con ello, señala algo que suele acompañar al aburrimiento, a saber, el desprecio de aquellos incapaces de aburrirse hacia aquellos otros que transforman su aburrimiento en grandes obras. El flâneur buscaría en los paisajes el remedio de la angustia que padece y sugiere que, a la calidad de la acedía y del aburrimiento, se la conoce por sus frutos. Dicho en otras palabras, a grandes tedios, a grandes aburrimientos, grandes obras; las obras mezquinas son fruto únicamente de un aburrimiento sin grandeza.

Luego, la desesperación no procede nunca de quien cultiva su aburrimiento y supera su tedio vital, sino de aquel que, para acabar con su aburrimiento, ha decidido divertirse, fugarse hacia todas las partes al mismo tiempo. Y tal huida a todas partes es hacia ninguna. Por esa razón no se verá mayor desesperación que la de aquel que cree estar divirtiéndose, y no porque con el tiempo todas las cosas llegan a causar aburrimiento, incluso los mayores deleites, sino porque ninguna de esas diversiones va dirigida a uno mismo, tal y como sucede con los grandes ensimismamientos. Hoy los hombres tienen muchas cosas que hacer, no se piensa ni reflexiona. El hombre tardomoderno, dirá Han, ha perdido la capacidad de contemplar y de aburrirse.

La sociedad del espectáculo actual es, en consecuencia, la de mayor ineficacia de los remedios que esa sociedad industrial otorga para acabar con la única fuente de verdadera dicha de que disponen los hombres afortunados: su aburrimiento. ¿Hacia dónde mira el sujeto hoy? En la actualidad, asistimos a un mundo lleno de pantallas donde la cuestión de la mirada se ha agudizado, donde el habitante de la ciudad es llamado a mirar la publicidad, pero esta mirada es sobre lo instantáneo, la inmediatez, y donde el pasear parece estar cercado por las ofertas de la sociedad del espectáculo y el consumo. Los escenarios de ocio han sido traducidos al lenguaje del capitalismo y la ciudad tiende a convertirse en el fetichismo de la mercancía.

El panorama actual dista enormemente del contexto socio-histórico en el que el flâneur se ofrecía en la época de Baudelaire. La pregunta que atraviesa este texto es si, en las ciudades actuales, es posible la existencia del flâneur. La ciudad como escenario vital es ahora el epicentro del consumo más que un escenario para deambular. Por otra parte, los modos de conducirse en la ciudad han cambiado debilitando la figura del flâneur a quien se le ha exiliado a los espacios interiores. Los avances tecnológicos han contribuido a reducir los tiempos y modos de desplazamiento, han acortado distancias, pero también han introducido nuevas formas de relacionarse en la ciudad. Lo

que caracteriza a esta época es la vertiginosidad con la que los sujetos viven. El caminante es quien se toma su tiempo y no deja que el tiempo lo tome a él, afirma su soberanía, su independencia respecto a los ritmos sociales. La lentitud es una característica que se asocia con el modo de caminar del paseante que permite la contemplación de los detalles que pasan desapercibidos en la época contemporánea.

Pasear, entonces, en esta época se ha convertido en algo subversivo: ¿para qué perderse en las calles si Google Street View tiene el camino más corto? Es interesante constatar cómo el GPS ha llegado a sustituir la capacidad de los sujetos para buscar su ubicación temporo-espacial y hoy se recorren los multicentros para saciar la adicción a la posesión, la adquisición de nuevos objetos más recientes, constituyéndose en consumidores de la tecnología contemporánea.

El acto del paseante parece quedar en entredicho: ¿habrá encontrado el flâneur su muerte con el triunfo del capitalismo? El sujeto empujado por el consumo no da cabida al acto poético. La soledad del flâneur es una denuncia al sujeto posmoderno, quien revela cada uno de sus pasos mostrando en las plataformas su ubicación en tiempo real, una búsqueda constante de ser mirado. Actualmente, el uso de los móviles y los nuevos modos de publicidad, se articulan para dar paso a nuevas formas de dirigir el consumo. De este modo, con la georreferenciación y la ubicación actualizada, llegan sugerencias de sitios cercanos de consumo y se producen modos particulares de relacionarse con el espacio, al realizar predicciones sobre las rutas más cortas, así como sugerencias para actividades de gasto. Los algoritmos se nutren de la *Big Data* fundada en la producción de los usuarios, las topologías predictivas de nuestros pasos, conexiones en las redes sociales, convirtiendo al sujeto en una identidad conocible por la ciudad.

Recientemente la pregunta por el flâneur en la contemporaneidad ha generado nuevas posiciones. Hay quienes siguiendo las indicaciones benjaminianas sentencian la muerte de este personaje: el flâneur baudelaireano desaparece en los centros comerciales y llega a su fin con la irrupción de las sociedades de consumo. Solo el flâneur logra deshacerse del efecto hipnotizador de la mercancía mediante una vida no domesticada.

Otras propuestas contemplan la virtualidad como otro escenario mediante la idea del cyberflâneur, una posibilidad del usuario de internet realizando una exploración del ciberespacio, el hipertexto y la navegación en el océano digital. Y, unos terceros, a partir de la idea del flâneur como un personaje que subvierte el sistema capitalista y que toma a la ciudad como su espacio, podríamos defender la existencia de algunos sujetos que deambulan por las calles al encuentro con lo desconocido, subjetividades disruptivas frente a la homogeneización, mercantilización y panoptización de las urbes modernas.

5. Conclusiones

En este artículo pretendo defender el carácter positivo, o al menos no negativo, del aburrimiento siempre y cuando vaya ligado a una actitud contemplativa del estilo del flâneur. Uno se aburre de algo y dedica su tiempo, y su ser, a pensar y contemplar. La contemplación tomada en sí misma no aburre. El problema es que nuestra sociedad actual consumista y neoliberal aburre pensar y meditar. Hoy en día deben realizarse cosas, estamos inmersos en una sociedad laboral que no escucha a los otros. Todo son prisas por hacer, tener, consumir, gastar, comprar. Además, en la actualidad, la calle suele vivirse como un espacio amenazador, por lo tanto, la calle deja de ser un lugar de permanencia para convertirse en un espacio de transición entre el escenario privado y los espacios de consumo. De modo que, la ciudad podría pensarse como un dispositivo que produce procesos de subjetivación, un escenario en el que se establecen modos de relación entre los transeúntes, los objetos, la publicidad, los lugares a los que se puede concurrir o no. Siguiendo a Han, el hombre se hace animal salvaje, disperso, distraído, no estudia.

Al mismo tiempo que el flâneur desvela la alienación moderna, los fenómenos de la cultura de masas, y más propiamente las lógicas de consumo, garantizan asistir el espectáculo de la mercancía. La sistemática planteada por la época actual privilegia los planes, los objetivos, las metas. Es así, como el acto de caminar parece haber quedado reducido al cumplimiento de un objetivo. El tiempo, elevado a un valor de cambio, no se puede perder. Por lo tanto, abandonarse a las calles sin un rumbo fijo no parece ser una práctica atractiva para esta época. La medida del progreso asociada al crecimiento económico, posiciona espacios como el centro comercial, lugar de expresión del capitalismo salvaje, en el que el espectador borra los difusos límites entre consumir y ser consumido por la mercancía como forma de eliminar el aburrimiento.

La discusión final que plantea este artículo se sostiene bajo la idea de la existencia y supervivencia de la práctica de la flânerie en algunos sujetos que, pese a la avasallante oferta del capitalismo, se escurren en las calles, y hasta en los centros comerciales, para dejarse llevar por los placeres sensoriales que se producen al observar los instantes efímeros de las grandes urbes. Por eso se dice que las ciudades modernas, tal como las experimentan las masas, son hostiles a la experiencia estética. Las calles le hablan al flâneur de una determinada manera que sólo él percibe, despertando en su yo íntimo una nostalgia que no puede compartir con nadie. Imbuido en la nostalgia, sentimiento único e intransferible como la propia muerte, el flâneur es, por esencia, solitario: no podemos compartir nuestras nostalgias, como no podemos compartir nuestras muertes.

Referencias bibliográficas

- BAUDELAIRE, Charles (1961): *Les fleurs du mal*, París, Marcel Didier.
- BENJAMIN, Walter (1972): «París, capital del siglo XIX», en *Iluminaciones 2*, Madrid, Taurus.
- (1982): *Infancia en Berlín, hacia 1900*, Madrid, Alfaguara.
- (2007): *El libro de los Pasajes*, Madrid, Akal.
- HAN, Byung-Chul (2022): *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder.
- KANT, Immanuel (1991): *Antropología en sentido pragmático*, Madrid, Alianza.
- KIERKEGAARD, Søren (2006): «O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I. Volumen 2/I», en *Diapsálmata*, Madrid, Trotta.
- LEYS, Simon (2018): *La felicidad de los pececillos*, Barcelona, Acantilado.
- MERLEAU-PONTY, Maurice (1984): *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta DeAgostini.
- POE, Edgar Allan (2016): *El hombre de la multitud*, NoBooks Editorial.
- ROS VELASCO, Josefa (2017): «Boredom: a comprehensive study of the state of affairs», *Thémata. Revista de filosofía*, no. 56, pp. 171- 198.
- *El aburrimiento como presión selectiva en Blumenberg*, tesis doctoral dirigida por el Dr. José Luis Villacañas Berlanga, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2018.
- SCOTT, Edgardo (2017): *Caminantes, Flâneurs, paseantes, vagabundos, peregrinos*, Buenos Aires, Ediciones Godot.